

La proeza

María Marta Pittaluga

Mar de Ajó. Un mar verde que a la mañana se ponía más verde que mis ojos. Y allí se quedó. Veraneo con papa y mama y el canario chueco que ya no vuela. Por la mañana lo sacamos de la jula. Papá le hace un hoyo en la arena, yo le traigo un poco de mar en los ojos y en una lechera vieja. A veces tengo la impresión de que mamá quiere que yo sea como el canario.

—Viejito, comé!

El viejito, come.

—Viejito, bañate!

El viejito se baña.

He llegado a temer que le diga:

—Viejito, morite.

Y que él le haga caso.

Pero el viejito sobrevivió a un viaje de ida y vuelta a Mar de Ajó, sobrevivió a los baños de mar, pero no sobrevivió a un insensible sol de mediodía, cuando lo dejamos abandonado a su suerte en el balcón.

Dentro de ciertos límites, yo era obediente. Trece años de rezongos y de ¡Dios mío, qué voy a hacer con esta chica!, acompañados de ¡Dios te va a castigar! Yo no sabía si el Dios de amor, bondad y perdón de las monjas que me educaban era el mismo Dios castigador de mi madre.

Pero yo tenía trece años y deseos de rebelarme. Las vacaciones debían ser sin la compañía de mis padres.

—¿Dónde esta la nena?

—En el comedor.

—¿Qué esta haciendo

—Lee.

—Esta es capaz de leer cualquier porquería.

—Dejala.

—Dejala, no. Hay que vigilarla.

Claro, vos eso no lo hacés

porque no estás nunca en casa.

—Trabajo desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche.

—Sos más una visita que esposo y padre. Fijate qué lee.

—Está bien.

Todos los días encontraba a los pies de la cama la ropa que debía usar. En las vacaciones, a los pies de la cama encontraba la malla y la salida de baño.

—Nena, levantate.

La nena se levanta.

—Nena, el desayuno.

La nena desayuna.

—Nena, morite.

Y la nena se muere, porque ella es muy obediente y sufre y se muerde por dentro y grita con los ojos pero nadie la oye. Porque nadie los ve o quiere verlos.

Y la nena tiene que obedecer órdenes que le parecen absurdas y arbitrarias.

—Te lo digo por tu bien. No es hora de ir al mar.

—Pero quiero ir al mar.

—¡No es hora de ir al mar!

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—¿Puedo ir a jugar con la nena de al lado?

—¿Quién es? ¿Dónde vive?

¿Alquilan o son propietarios?

¿Dónde la conociste? ¿Por qué yo no me enteré?

Y la nena opta por el silencio. Ojos bajos y puños crispados.

—¿De qué hablan? ¿Qué cosas te dice? ¡Qué ideas te meterá en la cabeza! ¡Qué costumbre tenés de hablar con extraños!



(Cuidado, señora. Niños eran los de antes, sólo obediencia ciega. Educación a fuerza de bofetadas y una así aprende, así educa. Hay que cuidar a esta niña que tiene aspecto de transgresora. Usted, mejor que nadie, sabe que las raíces de esta jovencita no son santas. Y no olvide recordarle a cada momento que usted es la madre, la única, la verdadera, y que algún día sabrá la verdad por la cual ella le estará eternamente agradecida. Puede confundirla y desequilibrarla un poco, pero todo pasa y se olvida. Y vigílela en todo momento porque alguien quizá descubra la verdadera historia, y tal vez ella no este preparada para escucharla. Y Freud ha muerto. Si bien usted cree que él murió loco de tanto tratar con locos, acaso su lógica no esté del todo desacertada. Peores atrocidades se cometen en nombre del progreso y de la ciencia.)

—¿En qué piensas?

— En nada.

—Uno no piensa en nada. Ahora, si preferís no contárselo a mamá, es otra cosa. Contárselo a tus amigas. ¡Zonza! Las amigas lo único que saben es decir mentiras. Mirá mamá que no tiene ninguna amiga. ¿No podés ser como yo?

—¡Cuidado, tan adentro no!

—Pero si el agua me llega a los tobillos.

—¡No contestés así! El mar es peligroso y podés ahogarte.

Y una tarde, a la hora de la siesta, abandono la cama, me pongo la malla y voy hacia el mar. Corro, salto, vuelo, feliz, sonriendo como nunca antes. Y sonriendo me interno en un mar que esta tarde se pone más verde para mis ojos, esta tarde más verde que nunca.

